

1968, AÑO DE MASFERRER

ALBERTO MASFERRER

LA RELIGION UNIVERSAL

ENSEÑANZAS DE ZOROASTRO, MOISES, VYASA,
MANU, LAO-TZEU, PITAGORAS, BUDHA, JESUS,
PATANDJALY, FRANCISCO DE ASIS,
Y OTROS MAESTROS



MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION GENERAL DE CULTURA
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América

*Hecho el depósito
que marca la ley.*

*Primera edición
El Convivio
San José, Costa Rica, 1928*

*Segunda edición
Dirección General de Cultura
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1968.*

Portada de
ANTONIO FLORES HERNÁNDEZ

Dibujo de
CAMELO MINERO

Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 6 8

NOTA EDITORIAL

Don Alberto Masferrer¹ mostró siempre una profunda preocupación por la dignidad del ser humano y buscó afanosamente los medios que pudieran llevar al hombre a la comprensión y al amor de sus semejantes como caminos seguros que conducen a la paz.

LA RELIGION UNIVERSAL, presentada en este cuaderno, es un esfuerzo de Masferrer por ofrecer a los lectores una síntesis de principios religiosos establecidos en aras de la convivencia de los hombres en este mundo para obtener la salvación en la vida ultraterrena.

Sin haberlo dicho, Masferrer planteó ya el problema del ecumenismo. Y lo hizo con la sincera convicción de que los hombres deben arreglar su vida conforme a principios de orden espiritual; mejor dicho, conforme a principios éticos extraídos de la religión o fundados en ella.

Su bien definido humanitarismo, ideología que se perfila

¹ Nació en la población de Tecapa (hoy Alegría), Departamento de Usulután, República de El Salvador, el 24 de julio de 1868. Murió en la ciudad de San Salvador, el 4 de septiembre de 1932.

en todas sus obras, se advierte en estas páginas de LA RELIGION UNIVERSAL, que se completan, en esta edición, con una serie de pensamientos masferrerianos reunidos con el título de LECTURAS SELECTAS.

En todas sus obras, Masferrer tuvo a la vista la vida del hombre —del Hombre que él siempre escribió con mayúscula—: éste fue el tema fundamental, casi obsesivo, de su tarea como pensador, como maestro y como periodista.

¡La vida del hombre! ¡La mejor vida del hombre! ¡La más plena vida del hombre! Estos fueron los temas que, como estribillo, resonaron siempre en su voz de visionario. Y por ello, indudablemente, hizo esta síntesis de LA RELIGION UNIVERSAL.

La Dirección General de Cultura, por medio de su Dirección de Publicaciones rinde, con esta edición, su homenaje más sincero al Maestro don Alberto Masferrer en el centenario de su nacimiento, como lo ha hecho ya en las otras dos ediciones de la colección Cuadernos.

1. —No destruirás ni arruinarás la vida de ningún ser, sino por necesidad y justicia evidente. “Hacia la dicha van todos los seres”, dice Budha: “no mate ninguno; nadie haga matar”.

- 2.—A nadie ofendas: ni de hecho, ni de palabra, ni de pensamiento; y no olvides que el odio no se extingue con odio sino con amor.

- 3.—La violencia es el mayor pecado del hombre, pues Dios mismo no nos violenta. Así, no oprimirás a nadie, y respetarás a todos los seres.

- 4.—Santificarás el pan. Amasa el tuyo limpiamente, sin fatiga, ni sangre, ni ruina de ninguno.

- 5.—No te embriagues nunca, para que no se empañe tu mente y puedas discernir el bien del mal.

No comas para deleitarte, sino para restaurar y renovar tus fuerzas. Alimentarse de carne y sangre, es suciedad, grosería, crueldad y enfermedad. Matar para vivir, es la desdicha de la fiera; mas para el hombre, es crimen y vergüenza.

- 6.—No adulteres el amor. El amor es en el Universo la fuerza que crea, purifica y redime. Si se sustituye con el simple deseo, pierde su eficacia y se convierte en muerte y pestilencia. Unirse a quien se ama profundamente, es vida y luz. Unirse únicamente por el deseo, es prostitución y tinieblas.

- 7.—No atesores: la vida no se hizo sólo para ti; quien detenta la vida, es reo de todos los delitos. La tierra, el agua, el aire, la luz, son para todos. Maldito será quien los usurpe. Y maldito asimismo quien amase riqueza con la fatiga y el hambre y el frío y la ruina de sus hermanos. Vive sencillamente, que en eso están la salud, la alegría y la paz.

- 8.—Santificarás el descanso: no solamente para tu buey, y tu asno, y tu siervo, sino para todos los seres y todas las cosas que te sirven; aun la tierra, y tu cuerpo y tu mente. No solamente el día del sábado, sino todos los días de tu vida. El descanso es una ley del Universo; es la propia fuente de la vida y de la alegría. Trabajar y descansar, uno inmediatamente después del otro, son el flujo y reflujo divinos; son los modos de acción del mismo Dios, y sobre ellos se sustentan la creación y la renovación del Mundo.
- 9.—No mentirás; pero te esforzarás para no dañar al decir tu verdad. Ni con el pensamiento, ni con la palabra, ni con el acto has de mentir. Ni con tus ojos, ni con tu acento, ni con tu ademán. Una mentira genera otras mentiras, y el que vive en la mentira se niega y se desprecia a sí mismo. Has de ser sincero y veraz en espíritu y en verdad: en tu labor, en tu creencia, en tu amistad, en todo lo que emane de tu corazón y de tu pensamiento. Tú eres en este mundo el único dueño de tu palabra, y nadie puede obligarte a decir lo que no quieras. Así, calla tu verdad si a ello te impele tu conciencia o tu necesidad, pero no

la deformes ni la falsees. Que salga limpia y sin mancha de tu boca, o que duerma en el limbo de tu corazón.

10.—No contendas con nadie, por nada. “Los que saben a dónde lleva el contender”, dice Budha, “esos no contienden nunca”. Y Jesús añade, que es reo de pecado mortal el que dice a su hermano *loco, o imbécil, o perverso*. Enfrena, pues, tu lengua, porque la lengua es el camino de la ira, y la ira lleva a la muerte.

11.—No juzgues. Es decir, no condenes. Si tu prójimo te daña, evítalo; si es necesario, defiéndete; si es inevitable, combátelo hasta que le hagas imposible seguir dañándote. Pero no juzgues, no condenes a nadie, porque sólo Dios puede juzgar en justicia. Sólo El sabe la cantidad de sombra que hay en cada uno de nosotros; sólo El conoce las mil fatalidades que intervienen en cada uno de nuestros actos. ¿Quién te hirió? Tú ves una mano que es la de Juan, y dices: “Juan es un malvado”. Pero, ¿quién movió

·aquella mano? Fue el viento, la lluvia, el insomnio, la debilidad, el calor, la enfermedad, la fatiga, la humedad, el hambre, la herencia, la locura? ¿Cuál de las mil potencias oscuras o fatales? Por eso, no juzgues, para que no te llenes de odio o de soberbia.

- 12.—No jures, para que no te esclavices. No jures, porque el juramento es la promesa que toma por testigo al *Orden Universal*, y eso es como blasfemar. Jurar es un sacrilegio, no cumplir lo jurado, es un sacrilegio; exigirle a otro un juramento, es un sacrilegio. No jures, ni ante el juez, ni ante el altar, ni ante la bandera, ni ante nadie en el mundo, que pueda luego esclavizarte por tu juramento. Ahora, en el momento de jurar, piensas que tu promesa es sabia o santa. Pero, ¿quién sabe lo que creerás mañana? Jesús ha dicho: “que tu hablar sea, simplemente, *sí* o *no*, sin juramento de ningún género. Pues lo que se aparta de eso, viene del mal principio”. Y Pitágoras dice: “que nadie —hombre, familia, casta, ley, costumbre, secta o nación—, te arrastren, ni con sus palabras ni con sus actos a ejecutar lo que no debes, lo que repruebe tu voz

interior". Por eso, añade, no jures, porque el juramento es sagrado, y debe respetarse con toda clase de religión.

- 13.—Sé compasivo con todo el que sufre, hombre, animal o planta. Esta es la esencia de toda religión; esta es la forma del amor que a todos nos es accesible, y la única en que jamás hay yerro o vanidad. Alivia todo sufrimiento, porque toda criatura es de Dios. Y no olvides que todos fuimos condenados a sufrir. Si en este mundo el dolor es la ley, que la compasión sea el bálsamo.
- 14.—Honrarás a tus padres, y a cuantos te sean próximos por la sangre. Cumplirás con tu hijo, como el Señor cumple contigo: como Creador, protector y redentor. Mas, en ningún caso olvidarás que el espíritu vale más que la sangre. Mi madre y mis hermanos, enseñó Jesús, son los que me siguen y hacen la voluntad de mi Padre.
- 15.—Harás tu propia labor, y no otra. Las fuerzas reales que hay en ti, se manifestarán por tu vocación, para que las sigas fielmente. Si trabajas según tu vocación, ganarás

tu pan con alegría y sin daño de nadie. Nuestro *deber*, es dar aquello que se nos dio, devolver lo que hemos recibido, y no sólo para ganar el pan, sino *graciosamente*, para alegría y beneficio de los demás. “El deber propio es fácil; el deber ajeno está lleno de peligros”; hacer la propia labor, es florecer; cargarnos con el deber ajeno, con una vocación extraña, es mentir.

- 16.—Sufrirás tu destino con humildad, y te arrepentirás. Sabe que tu destino es tu propia obra, y que la Ley Suprema es que toda causa produce el efecto que le corresponde. La vida es siembra y cosecha y continuación. Según lo que traigas al nacer, así será tu destino presente. Según lo que lleves al morir, así será tu destino futuro.
- 17.—Adora todo lo que es divino, dondequiera que esté, y aprende a reverenciar toda excelencia. Adora al Sol como a la más alta de las criaturas, de quien recibes la vida, el pensamiento y la alegría. Honra y adora el Orden, que sostiene y rige el universo, y que es la razón de nuestra

confianza. Honra y ama a tu Dios —Verdad, Justicia y Amor— con todas tus potencias, *en espíritu y en acción*. Y no hagas de él ídolo ni figura alguna, ni le encierres exclusivamente en ningún templo, en ningún símbolo, en ninguna fórmula, en ningún libro. *Trabaja para que venga su reino, y ayuda a que su voluntad sea hecha*. Y no escudriñes en sus tinieblas, ni hagas su nombre objeto de vanas palabras.

- 18.—No te ligan al fruto de tus acciones, para que no te desanimen ni te entristezcas, y para que no te encadenes a la reencarnación. Emanen tus actos y tus pensamientos de ti, como el canto emana de la garganta del pájaro, que canta para fortalecerse y consolarse él mismo, y no para que le recompensen. Trabaja como el manantial, que no inquiere si la tierra que riega dará frutos. Ayuda al viento y a la lluvia, y alégrate con el fuego; y no protestes cuando ellos hagan su tarea sino que te regocijarás con ellos, porque ellos también son criaturas de Dios, y hacen su deber.

- 19.—Purifica tu cuerpo con el agua y con el ayuno; tu corazón, con arrepentirte y perdonar toda ofensa; tu mente, con librarte de prejuicios y de supersticiones; tu espíritu, con meditar la Ley y cultivar el amor de todos los seres.
- 20.—Que la oración te salga del alma y con las palabras que ella te dicte. Y nunca ores si tu corazón no está de rodillas. Reverencia la palabra sobre todas las fuerzas, y quema todas sus escorias; porque todas las cosas han sido hechas por ella, y el bien y el mal vuelan sobre sus alas. En el día del juicio, enseña Jesús, “daremos cuenta de todas nuestras vanas palabras”. Así, aprende la santidad del hablar, y que las palabras salgan de tu boca, como el humo del incensario.
- 21.—Tendrás en alto la antorcha, para que alumbré a todos los de la casa. No hay don más alto que la luz, ni fraude mayor que el de la luz. Aquel que viva y muera en la ignorancia por causa de tu incuria, o porque le robas el tiempo de instruirse en la verdad; ése te acusará en el día del

juicio con más justicia aún que el otro a quien robaste el pan. Porque más aún que el cuerpo, necesita alimento el espíritu.

- 22.—Deja la filosofía a los filósofos y la santidad a los santos. Si Dios se ha rodeado de tinieblas, reverencia a su oscuridad, y vuelve tus ojos al Sol. Tú, sé bueno, sé generoso, sé compasivo, sé fraternal; comparte tu pan, tu alegría, tu canto y tu vestido, y espera con humildad a que El te llame a más altos destinos.
- 23.—Darás a tu cuerpo, a tu corazón y a tu mente, lo que es suyo en justicia. Y cultivarás tu salud, como la flor de que han de salir todas tus gracias. El enfermo derrama entre los suyos desorden, aflicción, pobreza, fatiga y angustia. Casa maldita es aquella donde siempre haya enfermos. El enfermo es carga de sí mismo y de los demás, y estorba más que un criminal; pues a éste se le encarcela y se le olvida, mientras que el otro nos abruma con su

inutilidad y sus lamentos. Sé, pues, sano, para que no pases por la vida como una maldición.

24.—Vete y no peques más: así despedía Jesús a todos aquellos a quienes curaba de alguna dolencia física o moral. Que tu voluntad, con toda la fuerza que puede imprimirle el dolor de la falta y el anhelo de la luz, te grite ahora: álzate, y ya no peques. Pecar es dañar a otros, hacerles sufrir sin justicia ni necesidad. Cuanto más grande sea el daño, mayor es el pecado. Si no dañas, si no causas dolor ni ruina, no pecas. Si te dañas a ti mismo, el daño refluirá sobre los demás. Levántate, pues, y ya no caigas. Pero no te atormentes con remordimientos inútiles, ni te creas manchado por supuestas culpas que forjó el delirio de los hombres. Y no desesperes de llegar a la luz, pues “el que persevera hasta el fin, será salvo”.

25.—No hagas distinciones entre los hombres por su sangre, su patria, su casta, su oficio, su riqueza o su poderío. Apéciales, en primer lugar, por su bondad; sin ésta, lo

demás es escoria. Y no te separes de nadie si tu corazón no te lo exige, puesto que el más enfermo es el que necesita más de caridad y medicina.

26.—No se puede servir a dos señores igualmente, menos si uno de ellos es tu pasión o tu apetito, o cualquiera otra forma de tu egoísmo. *Sólo en la proporción en que te olvides de ti mismo podrás servir a los demás.* Cuanto más tiempo, esfuerzos y cuidados emplees en tu propio servicio, menos podrás emplear en el servicio de los otros. Así, la ley y el camino del servicio, es la renunciación; y cualquier otra senda es vanidad o hipocresía.

27.—Busca la paz y no la dicha. El hombre no está organizado para ser dichoso. El mundo no está organizado para hacer dichosos. El dolor, la enfermedad, la miseria, la vejez, la ausencia de los que amamos, las epidemias, el incendio, el frío y el hambre, la guerra, la incomprensión, la envidia... todo se opone a la felicidad del hombre. Si no

sufres por ti, sufrirás por el dolor que sin cesar hostiga a las demás criaturas. La vida de todas las criaturas se amasa con dolor; y sólo el que no tiene corazón puede soñar en ser feliz. Pero si no causas daño a ningún ser, y a todos les das tu compasión, alcanzarás la paz —que es mejor que la dicha—, porque en la copa en que se bebe no queda sedimento ninguno de tristeza ni de vergüenza.

- 28.—No escandalices; es decir, no suscites la envidia, ni la codicia, ni la sensualidad, ni la soberbia; la cadena de males que provocan el escándalo tiene mil eslabones, y todos se arrollarán a tu cuello en el día de tu sentencia.
- 29.—A nadie exijas un trabajo perfecto, si quieres practicar la caridad más grande. Lo que te den, recíbelo como un don, pues en verdad, ninguna criatura es tu obra, ni son tuyos la luz, el aire, el agua, ni fuerza alguna de las que le dan vida y le sustentan. Peregrinos somos aquí todos; nadie es de nadie, y cualquier dádiva hemos de recibirla con el corazón de rodillas.

30.—Cuando venga el *Hijo del Hombre*; el hombre nuevo que realizará el sueño de *la familia universal*, entonces serán consolados los que ahora padecen persecución por la justicia, los que viven tristes, los pobres de espíritu, los mansos de corazón. Pero *no vendrá si tú no preparas su advenimiento*; no vendrá si *tú mismo no te esfuerzas en convertirte en Hijo del Hombre*, en renacer de tu animalidad y de tu egoísmo. Y si no viene, entonces todos los maestros, profetas y mártires, habrán sufrido en vano. Y el mundo seguirá perdido en el lodo y la sangre, por causa de tu mezquindad y tu concupiscencia.

PAGINAS SELECTAS

DIVINOS REMEDIOS

Hay dos *frases* dignas de meditarse constantemente, en las cuales se encierra una sabiduría inagotable:

La una dice: “Dios mío, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

La otra: “Sea hecha tu voluntad así en la *Tierra* como en el Cielo”.

Todas las situaciones con respecto a nuestros prójimos y a la Naturaleza, es decir, todas las penas que pueden causarnos los hombres y las cosas, se atenúan, suavizan o desaparecen, si les aplicamos la sabiduría inmensurable contenida en esas dos sentencias.

AHIMSA

(Para comprender esta palabra, véase la VIDA DE MAHATMA GANDHI, por Romain Rolland).

Se diría, sin exageración, que una virtud, *son todas las*

virtudes. Tratándose de las virtudes máximas, ello es rigurosamente cierto.

Cuando pensamos en las virtudes, fácilmente las abstraemos, las separamos; llevamos una cualquiera al ocular de la Contemplación, y ahí la examinamos como si las demás no existieran.

Mas, cuando se trata de realizar, de *adquirir* una gran virtud, entonces descubrimos con sorpresa y desaliento que no existe sola, que *no es una*, sino muchas; a veces, todas. Y de aquí la dificultad inmensa.

Digamos que intento ser pacífico: (Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra, nos prometió el Señor). Me seduce la idea de ser manso; de no reñir, de no chocar con nadie, de no arrebatar me, de pasar mis días sosegado, silencioso como el arroyito que se desliza bajo los grandes árboles, en un terreno de pendiente muy suave. Y me digo, entusiasmado, feliz: desde ahora soy manso; ya, desde este instante, entro bajo la sombra callada de la Mansedumbre...

Eso es por la mañana... Y cuando es medio día, he quebrantado diez veces mi propósito, y la ira me ha enloquecido diez veces...

Sucedió que alguien vino, y con descarada injusticia pretendió apoderarse de un bien que es mío, que siempre ha sido mío, que yo gané hace mucho tiempo con el trabajo duro y honrado. . . Y se me olvidó la mansedumbre, y rechacé al perverso con ira, con lenguaje y ademanes tan airados como los suyos.

Después me lamento. . . y vuelvo a caer, y vuelvo a lamentarme, hasta que, tras de muchas dolorosas caídas, descubro que para ser manso, hay que ser *desprendido*; hay que hallarse dispuesto a que lo despojen a uno *de lo suyo*, injustamente, groseramente y dejar hacerlo como si aquello que nos quitan no tuviera valor. Así, que no es una virtud, sino dos: *Mansedumbre y desprendimiento*.

Gracias a Dios que lo aprendí; ahora estoy seguro de alcanzar a ser manso, según nuestro Señor.

Mas viene, impensadamente, alguien que me difama. A mí, que siempre he sido íntegro, me achacan venalidad. A mí, que sufrí privaciones, pobreza, hasta miseria, por no tocar un céntimo ajeno, me imputan fraudes, malversaciones, horrores. Y, naturalmente —¿quién no?— me exaspero, salgo fuera de

mí, protesto indignado, iracundo, ciego, y colmo de insultos a mi ofensor. . .

Y vuelven los lamentos, y las recaídas, y la tristeza de sentirme incapaz. . . hasta que descubro que para ser manso, no solamente hay que ser desprendido, renunciar serenamente a lo que es mío de toda justicia, sino que, además, hay que ser *humilde*: es decir, no tener idea de sí mismo; sentirse mínimo, según San Francisco. . . Así es que no son dos virtudes sino tres: *mansedumbre, desprendimiento, humildad*.

Heme aquí ya informado, perfectamente sabedor del secreto, y dueño de la clave que me dará su posesión. Ahora sí, soy manso.

Mas, compruebo en muy poco tiempo, que, a quien se deja despojar, sobra quien lo despoje. Los conflictos surgen a cada instante. A cada instante, en el precio, en la cuantía, en la calidad de las cosas, nos defraudan. Nos despojarán unos por la fuerza, otros con engaños; nos robarán en mil formas, nos harán las cosas mal hechas, deficientes, falsificadas, adulteradas, tardías; y echaremos de ver con mucha indignación y dolor, que para evitar contiendas debemos reducir nuestras necesidades al

mínimun: vivir con muy poco; vivir con lo que nos dejen; aceptar el precio de nuestra labor, como la tasen; ocupar el último lugar de la recompensa; renunciar a los bienes, a la comodidad, a la buena mesa y al buen vestir y la buena casa. En suma, ser *sencillos* como los lirios del campo y los pajarillos del cielo. Así es que no son tres virtudes, sino cuatro: *mansedumbre, desprendimiento, humildad y sencillez.*

Muy bien: a practicar a toda costa, esas cuatro disciplinas; cuatro batallas diarias contra las legiones infernales.

Empero he aquí que para ser sencillo, es preciso ser fuerte, en el cuerpo y en el alma. Se necesita ser valeroso, para insistir en luchas tan tremendas; y se necesita fortaleza física, para no enfermar y doblegarse por la mala comida, por el mal vestido, por la mala noche, por la casa destartalada.

Esa vida de sencillez, que puede llegar, a veces, a extremos durísimos, necesita un cuerpo duro, hecho a la intemperie, órganos resistentes y activos, salud intensa y constante. Y ésa, si no se tiene de nacimiento, sólo se adquiere, hasta cierto grado, a fuerza de privaciones, de régimen, de una sobriedad de mari-

posa y de una castidad de manantial. Hay que vencer entonces, dominar, abatir, subyugar a esas dos hidras que se llaman gula y lujuria. . .

Así es que ya no son cuatro virtudes, *sino seis*.

Y luego, hay que trabajar siempre y rudamente, cuando nos remuneran mal éstos y nos despojan aquéllos, a fin de que nuestro vivir no caiga en la suciedad y en el abandono; y para eso hay que ser diligentes, es decir, combatir y vencer constantemente la pereza que es tan insidiosa y tenaz. . .

Y ya son entonces, *siete virtudes*.

Y, en fin, para no sublevarse contra la vida y los hombres, para sujetarnos a sus caprichos e injusticias, es preciso no despreciarles, no odiarles. . . , y para eso, sentir que son nuestros hermanos, que son hijos del mismo Padre, y que amándoles, le amamos a El. . . Y eso es Caridad, una virtud más, una extraordinaria, altísima, difícilísima virtud.

Y ya son con esta ocho virtudes. . . y aún faltan más. . .

* * *

Sin duda entre cada mil santos de los que registra el calen-

dario, los más han de sobrar; pues alcanzar una virtud, como la humildad o la caridad, es alcanzarlas todas.

Ser santo, es ser perfecto. Mas, ¡qué altura, qué inmensa altura es esa de la santidad! ¡Qué extraordinaria humildad, perseverancia, fortaleza, magnanimidad, sencillez, diligencia, desprendimiento y otras virtudes, hubo que aprender y realizar hasta llegar a *ser perfectos*, “como el Padre que está en los cielos”! . . .

Acaso, de cada mil santos de la Iglesia, apenas habrá uno que lo fuera real y plenamente. . . acaso menos.

Pero a ese que lo fue, nadie lo supera en este mundo: ni héroes, ni sabios, ni estadistas, ni filósofos, ni criatura humana bajo el cielo. A ese que lo fue, los hombres deberían honrarle y venerarle día y noche, en todas partes y en todas formas, como a la más alta realización de la divinidad aquí en la tierra, como la mayor y más luminosa imagen de Dios.

Porque una virtud, *son todas las virtudes*.

DOMINGO DE RAMOS

Jesús gustó aquel día todo el deleite de las glorias humanas.

Por un momento pudo olvidar que un cáliz de amargura le aguardaba; que el tormento, la tristeza, la desolación y la ingratitud, estaban ya rebosando en la copa que había de apurar antes de que la muerte coronara su obra.

El Domingo de Ramos, vitoreado por los humildes, pisando los vestidos que tendían a su paso las buenas mujeres de Jerusalén, entre ramos de olivo y frescas y olorosas palmas, Jesús entró en la ciudad de David, como un rey, el rey de la bondad y de la paz, y mostró en una hora el cuadro de lo que un día habrá de ser la tierra, cuando la sencillez y el amor sean los guías de los hombres.

Triunfo excelso fue aquél. Triunfo que celebraron los que tenían hambre y sed de justicia, los que creían en el bien, los que hallaban fortaleza en la sagrada palabra *esperanza*.

Esta escena de la vida del Redentor es fecunda en enseñanzas para todos los que trabajan por sus semejantes. Después de la victoria momentánea, del triunfo de un instante, vienen el olvido, la ingratitud, la muerte muchas veces. Hay que saber que tal ha de ser siempre la recompensa de las luchas por la justicia, y hay que resignarse a beber el cáliz, sin que su amargura nos desvíe de la causa que defendemos . . .

Y para los que pasamos por el mundo, sin hacer nada grande, pero también ansiosos de no arrancar a nadie gemidos ni lágrimas, qué fuente de recuerdos es el Domingo de Ramos. Cómo nos transporta a los primeros días de nuestra infancia cuando, apenas el sol nacía, corríamos camino de la iglesia, a que nos bendijeran el ramo en que la mano cariñosa de nuestra madre forjara pajaritos, flores, guirnaldas, y mosaicos.

Ibamos presurosos, con el alma limpia, henchido de gozo el corazón, pensando en dulces boberías, inocentes y ligeros como las mariposas, medio niños y medio ángeles. Ibamos presurosos a celebrar el triunfo del Dios-Hombre y con las voces claras de las campanas y las cristalinas voces de las campanillas, formaban coro nuestras voces, diciendo: ¡Hosanna al hijo de David!

Y ahora, al saludar la llegada de este día, pensamos con tristeza en que ya nunca más volveremos a los dichosos tiempos en que corríamos al templo, ligeros como las mariposas, con el alma limpia, medio ángeles y medio niños. . .

DIA DE SILENCIO

Desde el momento en que se despierte, hasta la hora de acostarse.

- 1—Aislarse cuanto sea posible.
- 2—No hablar sino lo *indispensable*.
- 3—Discusiones, con nadie, por nada.
- 4—Ninguna querella, ni exterior, *ni interior*.
- 5—Vigilar los movimientos, gestos, ademanes, tono de voz y ritmo de las palabras; de manera que en todo *resalte la calma, la serenidad y el dominio de sí mismo*.
- 6—*Cerrarse absolutamente* a las influencias exteriores *ocasionales*, ya sea escritas, de palabra o de hechos, y admitir únicamente aquella que *deliberadamente* busquemos o consintamos.
- 7—No asistir a fiestas, tertulias ni otras reuniones, dentro o fuera de casa.
- 8—No leer ningún periódico. No escuchar música deprimente o confusa, o que agite el ánimo. No detenerse a contemplar cuadros o dibujos que inspiren esos sentimientos.
- 9—Si se lee, que sea un *solo libro*, y adecuado para fomentar o mantener la serenidad y el *Silencio interior*.

10—No ocuparse *absolutamente* de la vida de los demás, salvo que sea para bien, y que *haya urgencia*.

11—Entrar en *Sí mismo*. Mantenerse en *Sí mismo*. Volver a *Sí mismo*. Advertir que no se trata de *Olvidarse*, sino de *Recobrase*, de entrar en posesión de *Sí mismo*.

12—Concentrar el pensamiento sobre un solo tema: una piedra, una planta, un animal, una persona; la Tierra, el Agua, el Aire, las nubes, un volcán, un Astro, una forma de vida cualquiera, meditando sobre cómo *se realiza en ellos* el Silencio y con qué resultados.

13—Poner orden en nuestras ideas fundamentales y directrices; ver si son claras, firmes, amplias y bien definidas; ver si están bien enlazadas entre sí, y si no hay entre ellas contradicciones y desacuerdos; cerciorarse de que han nacido en nuestra mente por el estudio y la reflexión, o si provienen simplemente de sugestión o de contagio.

14—Examinar atentamente si nuestros conceptos *adversos*, de ciertas cosas y personas de nuestro ambiente, se han formado en nosotros con arrebató e injusticia, por sugestión, pasión o imitación, o si tienen claro o bastante fundamento.

15—Meditar sobre estas ideas.

Que los más grandes son *silenciosos y serenos*;

Que en el Silencio se incuban y se forman las cosas más trascendentales;

Que *Silencio, reposo y resurrección*, son tres fases de un mismo proceso;

Que el ritmo, la fuerza y la gracia nacen del Silencio;

Que “le bien ne fait pas de bruit, et le bruit ne fait pas de bien”;

Que “en el día del Juicio daremos cuenta de todas nuestras vanas palabras”;

Que la paz de la familia y de la sociedad tienen su mejor remedio, cuando se han alterado, en el Silencio;

Que la divina y “Silenciosa Voz” Interior, sólo habla en el Silencio y en la Soledad.

16—Meditar sobre los grandes beneficios —para el desarrollo del espíritu, y para la salud del cuerpo y del alma— que traería *imprimir un ritmo a la propia vida*; así como lo tienen las criaturas y las cosas más sencillas y buenas; así como lo tienen los astros, *que se mueven armoniosamente en una órbita constante*.

17—Trazarse mentalmente un Plan de Vida, a grandes líneas y para un largo período de tiempo, un año por lo menos: ¿qué *debería* y querría y podría hacer, *acorde con mi vocación?* ¿Sé ahora adónde voy y cómo y por qué voy? Estoy realizando mi *propia vida* o la que me imponen los demás? Formular este plan con entera claridad, y revisarlo cada vez que se practique el día del Silencio.

18—Esforzarse, una y otra vez, en *sentir plenamente* que *Uno es Espíritu*; que el cuerpo, el ánimo y la mente, no son sino *vehículos, instrumentos del Yo*, sobre los cuales *puede* Este y debe adquirir *perfecto dominio y señorío*.

“El hombre es lo que es su pensamiento”. “Como pensamos, así hacemos”.

Nadie es libre sino quien gobierna su mente.

HUMILDAD

Toda renunciación eficaz ha de ser coronada por la humildad, si es que no ha comenzado por ella.

Mientras no nos sumergimos en la humildad, mientras no nos impregnamos en la humildad, la más amplia renunciación

puede no ser otra cosa que una forma punzante del orgullo, tanto más aguda cuanto menos consciente.

Odio, despecho, rencor, menosprecio, altanería y soberbia, pueden ser el móvil y el resorte de vidas que parezcan culminaciones de humildad o desprendimiento. La tristeza acompaña siempre a estas formas de desinterés y cuanto más nos desprendemos así, más nos alejamos de la paz.

Así comprendo, ahora, aquel raro empeño de Francisco de Asís, *ser, sentirse nadie, nada*. Esa era la fuente de su alegría; es decir, de su fuerza.

No se renuncia al yo, a la personalidad, por el hecho de ir desnudo, vivir a la intemperie y comer los manjares echándoles ceniza. Y en el Yo, en la *personalidad*, es donde radica el orgullo —la raíz no marchita de aquellas mismas cosas a que se ha renunciado. Sólo cuando *me sienta mínimo*, tan vano e ilusorio, tan inútil e innecesario como las más vanas e ilusorias mentiras de que me libertara . . . , sólo entonces estaré verdaderamente desprendido, y en camino de saber qué es *Nirvana*: paz, alegría, unificación y contentamiento.

Ahora que haya visto mi propio vacío y mi hojarasca, mi

engañososa apariencia y mi garrulería; ahora, cuando todas las heces y sedimentos y nauseantes residuos de mi triste ser hayan subido de las profundidades y me hayan angustiado con hediondez el corazón. . . , ahora sí podré compadecer, comprender y amar a los otros, que son, *como yo*, cieno y sombra, hojarasca y vacío. . .

“Mas, libranos del Maligno”, de Satán, del que separa. Tolstoi interpreta: “Pero sobre todo, libranos del Orgullo, raíz y fuente de todo mal y error”.

¿Cómo ha de reaccionar frente a la vida aquel que —náufrago salvado del Orgullo— arriba por fin a las riberas de la humildad? . . .

POR QUE DEBO YO SER HUMILDE

Porque el solo hecho de vivir en la Tierra, evidencia mi degeneración. No se baja hasta aquí sino por exceso de corrupción espiritual, o, como los Cristos o los Budhas, para redimir. Si estoy, pues, aquí, soy lodo y podredumbre.

Porque, según mi experiencia, soy capaz de pensar, sentir y hacer tan vilmente, tan inmundamente como los más viles e in-

mundos. Todo hombre confina con el demonio y con el ángel; así, si yo soy capaz de todo lo malo, los demás son capaces de todo lo bueno; y entonces, nada justifica el orgullo.

Porque siendo los hombres todos, rayos que proceden del mismo foco luminoso —aunque, se han ido separando entre sí cada vez más—, mantienen, sin embargo, su vinculación original: separados en un extremo, se hallan unificados en el otro; así, no hay entre ellos ninguna diferencia esencial ni perenne.

Porque el Orgullo, que es la tendencia a separarse, es, por naturaleza, lo contrario de Dios; pues Dios, es Amor. Amor, es sentirse vivir en todas las criaturas con la misma plenitud que en sí mismo; y Orgullo, es vivir solamente en sí mismo y para sí mismo. Si Dios es la Luz, el Orgullo es la Noche.

Porque el dolor, es el fruto del mal. Si sufro, es que lo he merecido; y entonces, si los hombres me hacen sufrir, no son ellos la causa, sino los agentes de mi sufrimiento. El mal salió de mí, y al contacto de las cosas que me rodean, se transformó en dolor. Ahora, en virtud de la Ley, vuelve a mí, en forma de enfermedad, de injuria, de miseria, de menosprecio, de tristeza, de opresión y de incomprensión; en innumerables formas y, al pa-

recer, de innúmeras fuentes; mas, en verdad, todas son el dolor, y vienen de una misma fuente, que soy yo.

Porque sólo el dolor puede curarme; sólo él purifica y esclarece, cuando se le comprende y se le acepta. Si el dolor suscita en mí el Orgullo cada vez crecerían en mí las tinieblas.

Porque el ejemplo de los Maestros, unánime, enseña la humildad. Ellos fueron, en primer término, hombres humildes.

Porque el ser más alto, es el que más da; y el ser perfecto, es el que *se da total y venturosamente*. La ventura del Sol es consumirse, para *darse*. Mas el Orgullo no da, sino que pide, exige, toma, absorbe, ansía resumirlo todo en sí, para sí. Coger, separarse, es Orgullo; dar, difundirse, es Humildad.

Porque todos los grandes pecados son formas arteras del Orgullo; son maneras de separación, de absorción, de egoísmo; la Avaricia, quiere para sí todas las riquezas; la Lujuria, por deleitarse, cierra los ojos y los oídos a los infinitos dolores que aguardan a sus víctimas; la Ira, es la soberbia, que estalla, enloquecida, porque algo le negaron; la Gula, engulle, devora, se atraganta con lo que sería el sustento de tantas criaturas; la Envidia, se enferma de que haya felicidad para otros; la Pereza, quiere que todos penen y se fatiguen para que ella huelgue.

Todas son cabezas de la Hidra. Es la misma serpiente, que se disfraza y diversifica para atacarnos en todo nuestro ser. Es Satán, el Maligno, el que *separa*: el Orgullo.

“No taléis el árbol —dice Budha—, sino el bosque”.

HAS DE RENUNCIAR GOZOSAMENTE

- I Al placer material.
- II A inquietarte por el bienestar.
- III A que te obedezcan y te sirvan.
- IV A la posesión de riquezas.
- V Al poder.
- VI A los honores y distinciones.
- VII A inquietarte porque no te consideren y respeten.
- VIII A la gloria actual y venidera.
- IX A sufrir por la ineficacia de tu palabra.
- X A juzgar y corregir.
- XI A recoger el fruto de tu acción.
- XII A que te amen con amor exclusivo.

XIII A sufrir por que no te guarden gratitud y fidelidad.

XIV Al afán de ser comprendido y compadecido y que no te olviden.

Serás como el Viento, que canta mientras sopla, y no quiere “de dónde viene ni para dónde va”.

Te contentarás, como el agua que corre, con ser una fuerza sumisa y desprendida.

Como la brisa, que se impregna de la fragancia encontrada al pasar; así, disfrutarás de las venturas que te ofrezca la vida, sin apegarte a ellas, sin rehacer tu camino para gustarlas otra vez; sin tristeza por haberlas perdido. Aquellas dichas que a nadie cuesten lágrimas, esos son los fulgores con que has de iluminar las horas grises de tu vida.

Y que te aliente la esperanza de que hay *ojos que ven y oídos que oyen*, aunque estén más allá de las estrellas; y de que, así como para el agua y para el viento, un día habrá reposo para tu corazón.

MAMA, PAPA...

Cuando somos niños, lo buscamos y lo alcanzamos todo con sólo decir *mamá, papá*.

Si hay frío, si hay hambre, si hay dolor o temor, si hay sueño o inquietud, recelo y anhelo por cualquier cosa, el niño dice confiadamente *mamá, papá*, y todo se le cumple o allana.

Mamá, papá, son para él, valor, fe, esperanza, certeza de que Dios está ahí, y que responderá siempre que se le llame, con esas dulces voces.

Crecemos y vamos aprendiendo nuevas palabras, que se nos figuran talismanes, y aquellas primeras —que fueron nuestra religión, y la llave de todas las cosas— van perdiendo su eficacia. Ahora decimos: *trabajo, ahorro, estudio, saber*, y más tarde: *riqueza, posesión, fama, poder*, y cien más, y mil más. . . , y ya casi nunca decimos *mamá, papá*. . .

Y llega un momento en que la mente se halla colmada de palabras, que se creyeron eficaces, y que no lo son. En cambio, el corazón se ha ido quedando vacío, vacío, vacío. . .

Y ya no hay confianza, ni valor, ni esperanza, ni aquella certeza de que Dios está ahí, y de que nos oíría si le llamáramos con las antiguas voces: ¡*mamá, papá!*

Hasta que un día. . . , en una hora tenebrosa, surge del alma aquel grito que exhala todo el que sangra en una cruz: ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? . . . Y en

este instante, entre sollozos que nos convulsionan el pecho y nos destrozan la garganta, resurge, por fin, aquel *¡mamá, papá!* de los primeros años, cuando éramos puros e ingenuos, cuando sin tener ni saber nada, todo lo teníamos y sabíamos, porque nuestra religión era: *¡mamá, papá!*

* * *

Mariña: ha querido usted en los momentos de partir, un pensamiento mío, que encerrara un consejo. Y bien, helo aquí: no sustituir aquellas palabras por ninguna otra; no perder ni un instante la fe en su virtud maravillosa; no dejar de acudir a ellas en ningún trance de la vida; no esperar a ser crucificada para volver a repetir las; y en cualquier evento que la vida le traiga, ya sea en el paraíso o en la cruz, decir, antes que ninguna otra, con espíritu, y corazón de niño, aquellas divinas palabras que todo lo pueden y todo saben darlo: *¡mamá, papá!*

PLEGARIA

Señor, yo nada pido.

En este inmenso universo tuyo, donde toda riqueza es infinita, yo nada tengo y nada ansío.

Ni poder, ni riqueza, ni gloria, ni anhelo de saber me desvelan. Yo me contento con ver y con oír. Si mis ojos se embeben contemplando las nubes, y mis oídos se extasían oyendo los rumores de la tarde, con eso a nadie ofendo; a nadie le impido extasiarse como yo, adorar como yo adoro.

Ni por mi salud te imploro ya. No he olvidado qué deleite es ambular por las colinas, ni qué gloria es ascender por las montañas; no he olvidado la delicia de internarse en la selva, a escuchar el crujir de las ramas que se rompen y el rumor de los animales que rastrean en la maleza; no he olvidado el encanto de llegar al remanso de un riachuelo ignorado, y sentarse a la orilla, a oír cómo se lamentan las guijas, cómo cuchichean las linfas y cómo suspiran las hojas al caer sobre las aguas apacibles. . .

No, nada olvidaré, y si no te importuno rogándote que me devuelvas la fuerza y el ritmo de mis movimientos, es porque ya aprendí a beber el cáliz, y sé que sonreír, mientras las espinas nos taladran las sienes, es una suerte de profunda oración.

Y así, nada te pido; mirando las nubes que divagan, me contento de mi quietismo; y escuchando el ímpetu del trueno, me consuelo de mi debilidad.

Señor, yo nada te pido. De tus tesoros infinitos, yo no anhelo sino el sorbo de agua y el hálito imperceptible que basta a mi respiración. Si pudiera, comería el grano desnudo que me ofrece la espiga, la fruta que la rama no quiere sostener, y las hojas adultas que la mata de hierbas no puede por más tiempo alimentar. Y sería feliz, bebiendo el agua en el cuenco de mi mano, durmiendo sobre el césped, bajo el claror de las estrellas, y esperando a que el cuervo me llevara, una vez cada día, el sobrante de su parvo sustento.

Señor, tú sabes que es así, y aun, si tú quisieras, yo sería un pino rumoroso que viviera de savia, de sol y de rocío; o una calandria diminuta, feliz con su cantarito y sus alitas, y hasta un simple y mudo guijarro que se abandona, humilde, al capricho de las aguas inquietas.

Señor, yo nada pido, sino que me des luz, que apacigües mi alma; que el sorbo de agua límpida que me dejaste como única merced, no se haga impuro al roce de mis labios. Aspire yo tu luz con ojos luminosos, y el agua transparente que conforta mi sed se haga más diáfana al refrescar mi lengua.

Señor, yo nada pido; no más hágase en mí tu claridad, y

sienta yo la suprema ventura de no cambiar en cieno el agua diamantina que destilaron las nubes invioladas.

¡Señor, yo nada pido! . . . Nada, sino la gracia de que los lirios que me diste, al salir de mis manos, se hayan tornado estrellas . . .

CUADERNOS MASFERRERIANOS

TITULOS PUBLICADOS:

- 1—*El dinero maldito*
- 2—*¿Qué debemos saber?*
- 3—*La Religión Universal*

EN PRENSA:

- 4—*El Minimum Vital*
- 5—*Niñerías*

